



ESTANTE

ALFONSO MENDIOLA, *DIÁLOGO CON HISTORIADORES*, MÉXICO: EDICIONES NAVARRA / EL OJO VIAJERO, 2017, 176 PP.

Hace casi dos décadas, el profesor Keith Jenkins planteó la necesidad de entender que la disciplina de la historia había entrado en una grave crisis, de la que sólo se podría salir quemando las naves. A partir de ello, los historiadores y demás compañeros de ramas afines deberíamos pensar la(s) forma(s) en que nos relacionamos con el tiempo moderno y acorde con ello escribir nuevos tipos de historias.¹ En esa lógica, señalaba Jenkins (apoyado en pensadores e historiadores posmodernistas), habría que aceptar, antes que nada, que el pasado histórico es un imaginario más, entre otros, que hemos construido para enfrentar la falta de sentido en el mundo y bregar contra la ineluctable muerte. Como consecuencia de ello, se debería aceptar que el pasado no existe *per se*, sino que “nosotros somos la *fente* de cualquier cosa que el pasado signifique para nosotros”.²

Parece que las entrevistas que Alfonso Mendiola ha reunido en este pequeño libro de poco menos de doscientas páginas (titulado llanamente *Diálogo con historiadores*), pueden ser vistas, en conjunto, como una respuesta a los planteamientos de Jenkins, pero más como complemento (no poco controversial) de sus premisas que como un contrapunto tajante a las mismas. Esto porque los estudiosos convocados por Mendiola son todos investigadores que todavía trabajan con la materia empírica del pasado (papeles viejos resguardados en archivos y bibliotecas), pero también son gente que ha cultivado una historia reflexiva, en el sentido de historiografía crítica, en la que se combina una conciencia patente de la naturaleza de las herramientas conceptuales y de las implicaciones epistemológicas en el oficio de historiar, como bien lo muestran los trabajos de François Hartog, Roger Chartier, Hayden White, François Dosse, Pierre Antoine Fabre y Hans Ulrich Gumbrecht. A esto se refiere Mendiola cuando, en su muy breve prefacio, señala que propone que estos personajes reflexionen “sobre su disciplina a partir de los mismos procedimientos que utilizan en sus investigaciones. La historia investigación pensada desde la investigación histórica” (p. 9); una suerte de dialéctica entre praxis, teoría y autoconciencia investigativa.

¹ Keith Jenkins, *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*, México: FCE, 2006. La primera edición en inglés data de 1999.

² Jenkins, *¿Por qué?*, p. 33.

De diversos orígenes son las entrevistas reunidas. Todas se realizaron en diferentes contextos y en tiempos distantes (la más antigua data de 1998 y la más reciente de 2009), además de que la mayoría de ellas ya fueron publicadas en la revista *Historia y Grafía* del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana. Por otra parte, algo que puede ser considerado como un elemento unificador de las entrevistas es el tipo de abordaje que Mendiola propone: más que datos meramente biográficos, dispone las coordenadas específicas para un viaje hacia la genealogía intelectual de cada uno de los entrevistados. El elemento que desata ese viaje es, casi siempre, la pregunta sobre las características académicas o corrientes de pensamiento que convergieron para propiciar la redacción y elaboración de las investigaciones más reconocidas de estos historiadores. El resultado es fructífero porque busca que los historiadores revisen las categorías conceptuales en boga que utilizaron al momento de la redacción de su investigación y que a la distancia, después de pasado cierto tiempo, pueden ser vistas críticamente.

Si bien, por un lado, esta perspectiva del entrevistador atraviesa de cabo a rabo el libro y contribuye a pensar en la investigación histórica como un producto que nace en circunstancias intelectuales y sociales específicas, y que por lo mismo se encuentra en constante evolución, por otro, sería sumamente complicado realizar una reseña minuciosa de cada uno de los temas abordados a lo largo de las entrevistas. Sería más factible buscar los tópicos que en cierta forma concatenan los pensamientos y propuestas de cada uno de los investigadores, y sobre ello ensayar algunas ideas que permitan valorar la contribución de este libro en términos de la perspectiva de la historiografía crítica.

“Lo real debe ser ficcionado para ser pensado”, así lo expresó Jacques Rancière en su obra *El reparto de lo sensible. Estética y política*, y con ello se puede explicar uno de los puntos nodales de las reflexiones en las entrevistas. Tal se puede resumir en las preguntas: ¿qué tipo de distancia cognitiva separa lo realmente sucedido en el pasado de lo que de ello se cuenta, de su discurso elaborado por los historiadores?, ¿qué hacemos los historiadores con esta distancia insalvable una vez que la descubrimos?, ¿se debe

aceptar el fatalismo planteado por Jenkins y otros: clausurar, renovar y abrir una nueva era del discurso historiográfico?

En su entrevista, Roger Chartier da una respuesta a estas cuestiones, que resulta predecible para quien conoce su trabajo clásico *El mundo como representación*: no se puede entender lo sucedido en el pasado sino se comprende que el mundo social está condicionado por “representaciones”, mismas que generan las identidades dentro de la sociedad y que están condicionadas a su vez por los medios materiales o digitales que la permiten. En última instancia, el francés asegura que es cardinal pensar en investigaciones que integren las representaciones, sus materiales y las prácticas que las originan. Por lo mismo, su posición frente la posibilidad del conocimiento histórico es positiva, y es entendible que esté en contra del posmodernismo y su relativismo —específicamente el animado por el *linguistic turn*—, al aceptar que, si bien éste no siempre niega el pasado, se ha caído en la trampa de creer que todo se reduce al discurso y que lo sucedido en la historia es sólo una “ilusión”. Chartier ampara su argumento a las revisiones llevadas a cabo por Michel de Certeau y Paul Ricoeur, quienes al diseccionar las etapas de la investigación histórica, jamás afirmaron que su escritura fuera sólo eso, discurso; más bien la labor histórica guarda una auténtica voluntad de saber, dentro de un proyecto epistemológico más amplio (p. 60). En tal sentido, es posible establecer un paralelismo entre la postura de Chartier y la de François Hartog, quien en su entrevista dice que “El historiador y la historia son fundamentalmente críticos; si no, no son nada” (p. 30). Tal sentencia pareciera delinear la identidad del oficio de historiar contra los peligros latentes del relativismo.

De cualquier forma, es necesario señalar que el *linguistic turn* aparece como uno de los principales objetos de reflexión dentro de las seis entrevistas de este libro. Éste se presenta como cardinal porque, desde su aparición y aplicación en la segunda mitad del siglo xx, la disciplina histórica sufrió un sismo que se resume en la conciencia de que ésta, la Historia, contiene una dimensión narrativa que se vincula de manera compleja con lo que refiere, el pasado. De ahí la cita de Rancière de párrafos arriba: al igual que la ficción a la realidad, la historia hace visible el pa-

sado por medio de una escritura; uno y otro no son cosas equivalentes, pero no hay otra forma de pensar el pasado o la realidad.

En este orden de ideas, *Diálogos con historiadores* contribuye en dos puntos específicos. Por una parte, a través de los trabajos de Hartog sobre el proyecto historiográfico de Heródoto y de Hayden White, en su conocido libro *Metahistoria*, se sopesa la evolución de las herramientas del *linguistic turn*. Esto porque tanto Hartog como White utilizaron un método de análisis lingüístico basado en el estructuralismo (concepto que también aparece constante en las entrevistas), que después fue sustituido por las ideas de otros filósofos y lingüistas que, además de la relación semántica entre las palabras para su análisis, consideraron incluir el “dónde” y el “cuándo” éstas se pronuncian, algo a lo que normalmente se le llama “el contexto de enunciación”.

Hartog describe puntualmente su adscripción a este desplazamiento al reflexionar en torno a su obra sobre Herodoto, mientras que White plantea un argumento amplio sobre la evolución de la lingüística, desde cómo se desarrolló en el siglo XIX (cuando se creía que se podría conocer el significado exacto de las palabras a través de investigaciones histórico-filológicas), pasando por la teoría del signo (destinada a encontrar el significado de las palabras a partir de su relación *diferenciada* con otras palabras en un enunciado), hasta llegar a la explicación de su análisis de la “retórica” en su libro *Metahistoria*, misma que define como “lo preformativo, en lo cual la información se transmite, de tal forma que produce actitudes particulares hacia esta información” (p. 72).

Por otra parte, en las entrevistas hay materia prima suficiente para responder al gran reto heredado por el *linguistic turn* a la escritura de la historia: ¿qué hacer ante la conciencia de que lo que escribimos como historiadores no es el pasado tal cual, sino quizá sólo un pedazo del mismo que se parece mucho a nuestra sociedad, nuestra ideología o clase social desde donde escribimos? Si la escritura no es el medio óptimo para penetrar el pasado, ¿cuál es? Ante estas interrogantes, los diálogos establecidos con White y Gumbrecht resultan sugestivos. Por su lado, White propone que la historia se redacte en un estilo democrático. En otras palabras: el histo-

riador debe ser lo suficientemente creativo para elaborar un tipo de narrativa acorde con su tema. Para ello se requiere que en la forma su texto contenga varias características: no aparentar inocencia ante la naturaleza construida del texto, mostrar abiertamente una posición ideológica, exhibir dudas ante el saber científico, animar al lector a participar en la creación del sentido del texto y destruir su propia autoridad como escritor-historiador (pp. 82-83).

Tales propuestas de Hayden White poseen una resonancia muy actual, más si pensamos en libros como *El queso y los gusanos*, cuya vigencia después de cuarenta años de su publicación se debe en gran parte al estilo democrático con que el que está escrito. Carlo Ginzburg parece haber tomado en cuenta radicalmente las ideas de White: como historiador no sabe todo; es más, sabe un poco menos que nada y lo exhibe, pero esa mínima parte del pasado que remueve va cobrando sentido actual en conjunto con el lector, quien va reuniendo los fragmentos de la historia de un molinero que el historiador le expone desde una posición ideológica sugerida.³ La posición de Ginzburg ante su objeto de estudio en este libro (y quizá en toda su obra) se resume en el epígrafe que ubica al principio de *El queso y los gusanos*, texto tomado de la formidable novela *Viaje al fin de la noche*, de Louis-Ferdinand Céline: “todo lo interesante sucede en las sombras. Nada sabemos de la verdadera historia de los hombres”. La autocrítica de Ginzburg parece provenir de un auténtico humanismo que detenta cierta humildad ante la vastedad de la ignorancia que rodea a los historiadores: de alguna manera plantea que muchas de las cosas que guardan los documentos son intraducibles para el historiador, y este debe aceptar la derrota y hacerla explícita en su escritura. Un acto que le valió a Ginzburg ser calificado de “metafísico” desde el empirismo de Perry Anderson, en una reseña de 1994.⁴

³ Al respecto véase Justo Serna y Anacleto Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid: Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, 2000, especialmente los capítulos “El ensayo como forma” y “¿Dios está en lo particular?”.

⁴ Perry Anderson, “Pesquisa nocturna: Carlo Ginzburg”, en *Secuencia*, Instituto Mora, mayo-agosto, núm. 29, pp. 191-216.

La crítica de Anderson al historiador italiano abre la puerta para hablar de lo que nos parece relevante en la entrevista a Gumbrecht: no todo puede ser objeto de interpretación. En el afán de controlar el universo documental, el historiador, como autor omnisciente, *impone* un sentido a toda evidencia. Ese afán, explica Gumbrecht, proviene de la filosofía cartesiana que separa al “yo” de todo lo demás y busca someterlo a escrutinio para conocer las leyes de su funcionamiento. Sin embargo, con la emergencia del observador de segundo grado a mediados del siglo XIX, el “efecto de sentido” cede su paso a un “efecto de presencia”, algo que inicia primero en las artes. Por ejemplo, se empieza a dar prioridad al sonido en un poema más que al sentido que pueda referir, o en la pintura la fuerza de un trazo posee ya una existencia más gozosa en el espectador que cualquier intento por descifrar su significado. En el oficio de la historia, Gumbrecht enfatiza este fenómeno proponiendo una escritura que, más que fijar un sentido a los hechos, exalte lo que llama “la fascinación antropológica sobre el pasado”; es decir, crear una escritura que posea efectos de presencia de lo “sublime”: “que el texto en tanto que producción de sentido sea capaz de ir más allá del sentido, es decir, que haga al lector sentir y desear” (p. 156).

Propiciar lo sublime es para Gumbrecht activar la imaginación del lector para acercarlo al pasado, y con ello replantear la idea de que es imposible hacer historia tal como se ve desde el punto de vista relativista del *linguistic turn*. Como bien dice el historiador, es más factible hacer sentir lo sublime en un museo o por medio de una película (algo que en lo personal me hubiera gustado que el entrevistador extendiera). En tal sentido, Gumbrecht afirma que su trabajo historiográfico contribuye a la profesión de la historia al considerar un uso “más amplio y variado de medios no lingüísticos”, en el sentido de que “la textualidad no es el mejor medio para producir tangibilidad”. Sin embargo, resulta extraño que el historiador de origen alemán se negara a usar fotografías en su libro *1926*, lo que se propuso a sí mismo fue un reto: lograr un tipo de escritura que llegara a lo sublime sin necesidad de imágenes, y lo logró. Por mencionar otro ejemplo, tal propuesta recuerda un poco a la misma disposición narrativa de *El queso y los gusanos*: en medio de la narración,

hay fragmentos que son simplemente transcripciones de los papeles archivados y que no cuentan con ninguna anotación por parte del historiador. Estrategias de este tipo pueden generar lo sublime en el lector.

Cabe añadir que *Diálogos con historiadores* despliega un rango de temas que ameritan un ensayo a parte, pero que se pueden referir generalmente para no dejar al lector en ascuas. Por un lado, con François Dosse, la entrevista gira en torno al origen y el impacto de su libro *La historia en migajas*, un texto que criticó a la escuela de los *Annales*, que por varias décadas —argumenta— se estancó en una historia de tipo braudeliana en la que se privilegió la larga duración en detrimento de un enfoque centrado en lo novedoso y en el cambio; una historia en la que —también señala— se mató al individuo porque este no embona con el elemento repetitivo-lógico del estructuralismo; un tipo de historia que también subestimó el carácter narrativo del texto histórico y que afortunadamente entró en crisis para empezar una época más plural dentro de los *Annales*, pero que realmente significó un regreso a sus orígenes, inaugurados por Marco Bloch y Lucien Febvre.

Por otra parte, la entrevista con Pierre Antoine Fabre posee un lugar ambiguo en relación con las demás. Esto por varias razones: su tema se concentra en el estudio de la imagen; el autor (Fabre) no es tan fácil de ubicar como a los otros historiadores; la fecha de la entrevista se separa demasiado de las demás, y quizá sea la entrevista que se parece más a un diálogo, en el sentido de un vaivén más natural entre los interlocutores. De cualquier forma, en esta entrevista el lector encontrará un amalgama de autores para estudiar la imagen desde una perspectiva transdisciplinaria, donde conviven la historia, la filosofía y la religión.

En esencia, *Diálogos con historiadores* se puede leer como una suerte de tablero de ajedrez, en el que cada uno de los integrantes del equipo de los historiadores ha tomado una posición ante los retos de una sociedad inundada de velocidad y objetos efímeros, como lo es la moderna, la misma que condujo al profesor Keith Jenkins a remover desde abajo la estructura de la historia y proclamar su absoluta renovación. Omitiendo un simpático error de edi-

ción en un llamado a pie en la página 155,⁵ el libro de Alfonso Mendiola es una óptima, clara y amena introducción a la historiografía crítica, interesada en los procesos de significación en la investigación histórica mediante varios elementos y problemas: la

autoconciencia crítica, la escritura, la memoria, los niveles de representación, la ideología, la materialidad de las prácticas. Por lo mismo, se recomienda usarlo en un programa de estudios, especialmente a nivel licenciatura o maestría.

Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez
Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa
adrian.geros@gmail.com

⁵ A los editores se les olvidó insertar allí lo que quizá el entrevistador sugirió para la entrevista con Gumbrecht. Literalmente se puede leer: “Poner la ficha bibliográfica del [sic] su libro 1926 (lo tiene Rubén). Pregúntale a Rubén si se puede anunciar su próxima traducción al español por el Departamento de Historia”. Como podrá suponer el lector, parece que este gazapo se transcribió tal cual como estaba en la entrevista en *Historia y Grafía*, en 2002.

